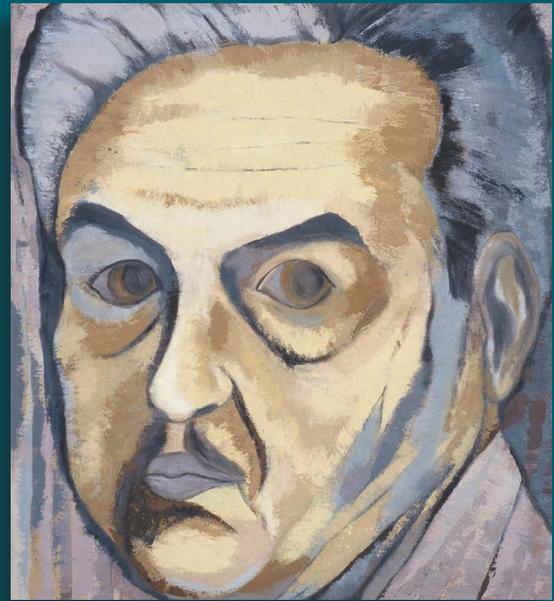
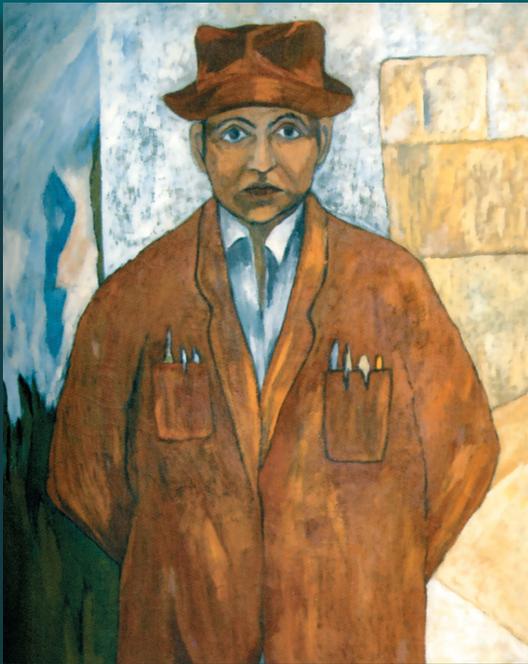


✎ MIGUEL COVARRUBIAS

Rodolfo Ríos, retratista

IN MEMORIAM (1920-2011)



MAESTRO DE OBRAS

El *Maestro de obras* mira de frente —un ojo más amplio que el otro. Su atavío y su talante nos dicen con enorme claridad cuánta templanza hay en su vida y su trabajo. Aunque no nos importe dónde esgrima sus virtudes de alarife, sí advertiremos el tiempo en que vive, su camisa ¿blanquísima?, su saco holgado, las numerosas y pequeñas herramientas de trabajo colocadas en las bolsas superiores de la prenda que al arrojárselo le dan al mismo tiempo prestancia y seguridad ante los demás, un lugar en el mundo. El sombrero ciñéndole la cabeza. Las manos, detrás.

¿Qué nos dice este maestro de humildad, este artesano de la solidez? ¿Qué nos conmina a reconocer? El tiempo del gesto digno imponiéndose a la tosquedad, y una firmeza que no adelanta los puños porque nos debiera bastar el contacto del hombre que trabaja con la paciencia y con —precisamente— esas manos que adivinamos morenas como su rostro y robustas como su esperanza cargada de silencios. Sin duda, lo recalcamos, este personaje carece de palabras estridentes. Sólo espera la edificación constante. Sólo espera “poner manos a la obra”.

AUTORRETRATO

También para realizar un autorretrato se necesita oficiar de cara a la piedra de los sacrificios. Para, precisamente, liquidar al posible Narciso o Adonis que quisiera colarse en nuestra vida. Se hace necesaria o imperiosa, vaya, una visión de la propia mirada afin al desquiciamiento. Un ojo, el izquierdo, plantado al centro del óleo, se clarifica ligeramente si lo comparamos con su complementario. Para su determinación, sendos trazos oscuros y curvados —igual el bigote y los extraños labios. El cabello, que se ha retirado hasta cederle un generoso campo despejado, se niega a la limpidez. En ese rostro, la fijeza del ojo izquierdo nos taladra y nos recuerda que cuando el pintor observa al valle, a la montaña, al humano, al universo, todo queda en estado de parálisis aguda —hasta nuevo aviso.

Si Rodolfo nos mirara, hasta en la osamenta habríamos de sentir la rúbrica del pincel y el chillido de la espátula. ∞